Domingo 17 abril 2022
El Evangelio del Domingo de Resurrección C

Lc 24,1-12
Recuerden cómo les habló cuando estaba todavía en Galilea

La Iglesia celebra este domingo la Resurrección de Cristo, que es el acontecimiento histórico que explica su existencia. Lo dice San Pablo sin atenuantes: «Si Cristo no resucitó, vacía es nuestra predicación, vacía es también la fe de ustedes… Si Cristo no resucitó, la fe de ustedes es vana: ustedes están todavía en sus pecados» (1Cor 15,17), es decir, ustedes no están salvados. Jesús pudo haberse transfigurado o pudo no haberse transfigurado; pudo haber caminado sobre el mar o pudo no haber caminado sobre el mar; pudo haber resucitado a Lázaro o pudo no haberlo resucitado, y así de las demás cosas admirables que hizo; pero no podemos decir: Pudo haber resucitado o pudo no haber resucitado. Si Cristo no hubiera resucitado su palabra habría quedado rápidamente olvidada, Él mismo habría quedado perdido en la historia y su Iglesia no existiría. La Resurrección de Cristo es un hecho histórico, aunque difiere de los demás hechos históricos, en cuanto no es accesible sino a la fe. Tiene, sin embargo, un fuerte motivo de credibilidad en la existencia de la Iglesia y de todas las comunidades cristianas. En efecto, si Cristo no hubiera resucitado, no se recordaría como Palabra de Dios lo que Cristo enseñó.

Tenemos el testimonio de la Resurrección de Cristo en los cuatro Evangelios. Este año, en la Vigilia Pascual, leemos el relato de Lucas, que comienza con estas palabras: «El primer día de la semana, muy de madrugada, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado». ¿Quién es el sujeto de esta acción? Lo dice el evangelista más arriba: «Las mujeres que habían venido con Jesús desde Galilea, fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo. Y regresando, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según el precepto» (Lc 23,55-56). No pudieron ir al sepulcro a dar al cuerpo sin vida de Jesús el tratamiento que se debe a los difuntos –para eso prepararon las aromas y la mirra– porque, según el precepto, el sábado se debía descansar. Pero fueron a hacerlo apenas se pudo, «el primer día de la semana, de madrugada profunda».

No dejemos pasar el hecho de que en este evento fundamental de la fe cristiana son las mujeres las que tienen el protagonismo. Ellas fueron las

primeras que recibieron el anuncio de la resurrección de Cristo y lo anunciaron a los demás, incluso a los mismo Once apóstoles. Es tan relevante este hecho que Lucas nos refiere incluso el nombre de tres de ellas: «Eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas». Esta expresión sugiere que eran, al menos, seis o siete las mujeres que fueron esa mañana al sepulcro de Jesús.

«Encontraron la piedra rodada del sepulcro; y habiendo entrado no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. No sabían que pensar de esto». Debieron formular diversas hipótesis que explicaran la ausencia del cuerpo de Jesús allí donde lo habían dejado el viernes en la tarde, cuando comenzaba el sábado: que alguien haya venido a retirar el cuerpo de Jesús durante el sábado era imposible, dado el precepto; que alguien haya venido terminado el sábado, antes que ellas, durante la noche, muy poco probable; la única explicación, la verdadera, ni siquiera se presentaba a la mente de ellas como hipótesis. Esto es ya una prueba evidente de que todo lo enseñado por Jesús, incluso lo afirmado por Él con más frecuencia, se habría olvidado. Esto es lo que extraña a esos dos hombres que, con vestidos resplandecientes se les aparecieron allí: «Se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes… que les dijeron: "¿Por qué buscan entre los muertos al que está vivo? No está aquí. ¡Ha resucitado!"». Esta es la explicación verdadera de la ausencia en ese sepulcro del cuerpo de Jesús.

Pero esos hombres siguen diciendo: «Recuerden cómo les habló cuando estaba todavía en Galilea». Ellos insinúan que, si ellas hubieran puesto la debida atención a las palabras de Jesús, ni siquiera habrían ido al sepulcro, porque el sepulcro es lugar de muertos y no se debe buscar allí al que está vivo. De todas las cosas que Jesús habló en su vida terrena, la más repetida es esta: «Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite». Por eso, ellos citan esas palabras de Jesús como un reproche a su pronto olvido. Entonces «ellas recordaron sus palabras». Si Jesús no hubiera resucitado, lo primero que se habría olvidado es el repetido anuncio de su resurrección al tercer día de su muerte. ¡Antes de que se cumpliera el plazo, ya se había olvidado!

El que las mujeres esperaran encontrar un muerto, a pesar de lo anunciado por Jesús, es un reproche a su falta de crédito a la palabra de Jesús. Por eso, entre esas mujeres falta una, que nunca mereció ese reproche. Ella

no fue al sepulcro a ofrecer los servicios fúnebres al cuerpo sin vida de Jesús, porque ella sí recordaba que Él había anunciado su resurrección y creía firmemente que así sería. Ella es su madre, la Virgen María. Ella está presente en toda la vida oculta de Jesús: ella lo da a luz; ella, junto con José, su padre, lo presenta en el templo; ella está presente cuando Jesús, a los doce años, se queda en el templo con ocasión de esa Pascua; en todos los años siguientes, Jesús «vivía sujeto a ellos» (Lc 2,51); ella está al pie de la cruz, ella está con los discípulos el día de Pentecostés… Pero ella no está entre las mujeres que van al sepulcro, porque ella «guardaba todas las palabras de Jesús, meditandolas en su corazón».

«Regresando del sepulcro, las mujeres anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás». El primer anuncio de la resurrección de Cristo fue por medio de las mujeres. Pero no encontraron acogida ni en los apóstoles, ni en todos los demás: «Todas estas palabras les parecían como desatinos y no les creían». ¡Tampoco ellos recordaban las palabras de Jesús! Excepto uno, a quien lo dicho por las mujeres hizo sentido: «Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Se inclinó, pero sólo vio las vendas y se volvió a su casa, admirado por lo ocurrido». Aparte de la admiración, el evangelista no nos informa sobre lo que sucedió en ese sepulcro, cuando Pedro entró allí. Esto lo conservó Pedro para sí. Pero, en la tarde de ese mismo primer día de la semana, ya de noche, esos mismos «Once y los que estaban con ellos» han adquirido firme fe en la resurrección de Cristo hasta el punto de confesar: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» (Lc 24,34). El testimonio de las mujeres no les bastó, fue necesario el testimonio de Pedro. Si no recordaban los anuncios de Jesús de su muerte y resurrección, sí recordaban su promesa personal a Pedro: «Lo que tú desates en la tierra quedará desatado en el cielo» (cf. Mt 16,19), es decir, lo que tú declares como verdad en la tierra, es declarado por Dios. Pedro y todos sus Sucesores, durante los veinte siglos que han transcurrido han confesado la resurrección de Cristo y la han celebrado como misterio central de la fe en la liturgia. Para que esa fe se haga cada vez más viva en nosotros, para que recordemos todo lo hecho y enseñado por Jesús y lo acojamos en nuestras vidas como Palabra de Dios, celebramos este domingo la resurrección de Cristo, nuestra Pascua, y lo hacemos cada domingo, que por este motivo, es el «Día del Señor».

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles